

Las cenizas de nuestra historia

MARUAN SOTO ANTAKI

maruan@me.com

Su historia es la de nuestra evolución. De alguna forma nos hicimos menos violentos, de otra refinamos nuestras capacidades de serlo.

He tenido una fortuna inmensa. Vi la violencia y en ocasiones perdí por ella, pero al final, siempre terminó por ser amable. ¿Cómo pudo serlo? Porque su distancia me permite escribir estas líneas, y su cercanía pensarla.

Me debo a dos países, Siria y México. Quizá, ser mitad de uno y mitad de otro podría indicar un peso equivalente en estos temas, pero no solo han sido los últimos diez años con la guerra al narcotráfico, estos que han llenado de orrores el país que escogí para quedarme. Tampoco los más de seis de guerra civil donde las bombas destruyeron la casa de mi familia, y donde murieron algunos ellos. Uno es del lugar en el que se quedan sus muertos, se me afirmó a lo largo de mi vida. Pero la naturaleza en el hijo de migrantes es de varias tierras. La violencia en América Latina es condición de normalidad, siempre lo ha sido. La violencia en Medio Oriente es sujeto de negación hasta el olvido. Y con los siempre hay que tener cuidado, pocas veces los absolutos son más honestos que en esas cualidades de refinamiento.

A los dos extremos del Atlántico, la violencia cuenta qué hemos sido y hasta qué punto hemos llegado para después hacernos creer que nuestras tragedias terminarán por enseñarnos algo que todavía no hemos aprendido.

La violencia remueve humores. Su existencia se encuentra por encima del acto violento, tanto que no se desvanece con la única tranquilidad que no refiere alivio; la violencia es una presencia. Una enfermedad discreta, y al mismo tiempo, estridente como el más voraz de los virus. Sus motivos son nuestro registro y en ellos hemos pensado sus momentos. Nos hemos lamentado, llenado de rabia, perdido en sus infinitos antes de darnos cuenta que la violencia envuelve, pesa, se respira. Tiene la vocación de permanencia.

En un poema medieval, el día de cólera disolverá el mundo en cenizas. El todo de lo que hace daño. No hay matices en el escenario cumbre de la violencia, solo que la violencia es el universo de matices y jerarquías.

En Siria, antes de la guerra, sin ella y lo que trajo, la violencia era el punto máximo de la amenaza. No necesitaba de los terrores que el mundo ha visto para sentirse. Eran los años de dictadura, el control de la policía secreta, los sobornos para cualquier cosa. En México, durante años, la presencia estuvo en el silencio de ciertas comunidades, en

la indiferencia y la costumbre a lo que no se quería aceptar. Siempre, de nuevo las totalidades, en la defensa de una idea de comunidad que se busca inalterable y en la que la comunión ha pasado por encima de los individuos. Sociedades que han vivido sabiendo qué sucedía con sus mujeres, con sus minorías, donde los más mínimos derechos se transformaron en subjetivos y posibles elementos de discusión. En esos años banalizamos la violencia y ahora, cuando parece que volvimos a un punto que no íbamos a permitirnos, el mundo aún discute bajo qué términos definirla. Lo hicimos en su propia evolución.

Sin duda hubo un momento en que estaba justificada. La mera necesidad del alimento, del territorio; pero la violencia ya no tiene carácter de necesidad. Siglos de humanidad envueltos en el conflicto; no somos una especie de paz, sería inapropiado e ingenuo pensarlo. Cuando la muerte fue omnipresente, desvirtuamos la violencia. En cierta forma seguimos haciendo usanza del medioevo. Alepo respiró violencia y la violencia se perdió en Alepo y en el Levante entero. Fue imposible saber cuándo un ataque era más agresivo que el anterior. En mi país del siglo XXI, el de América, ¿qué unísono ha reaccionado ante los cuerpos que se encuentran ocultos bajo tierra? Desde mi juventud supe de fosas clandestinas, estaban en el cuerno de África, luego en Yugoslavia. Dije que la violencia fue amable conmigo, sé de la existencia de otras tumbas de desaparecidos en Homs, donde nació mi abuela y donde los militares le quemaron la biblioteca a un poeta, porque eran libros. Sé que hay más fosas a menos de unos miles de kilómetros del lugar en que escribo. Sin embargo, ninguno de mis dos territorios es comparable, no solo entre ellos sino con otros de cualidades similares; la violencia no es una. Tiene múltiples formas. Su expresión más básica: el daño contra la integridad o la libertad corporal. ¿De quién? De todo ser vivo. Queda pensar que un día solo se aceptaba el término violento a las personas, y en esos días, no a todos se le otorgaba el respeto mínimo de tomarles como tales. ¿Qué más violencia? Eran las razas, los géneros, las especies. Ahí empezó el refinamiento, por fortuna, aunque a veces por desgracia, hemos evolucionado.

La violencia debe ser jerarquizada según su costo social, según su daño contra un único capital: la vida.

La violencia no es una, recuerdo. Tiene demasiadas caras. Está la violencia primaria, la del garrote y la embestida. Avanzamos y se transformó en balas. Qué modernidad sentí cuando se me avisó que, en el barrio cristiano de Damasco, un misil había caído a un lado de mi sobrina. Salió viva. Así, con esa idea de vanguardia, también se inventó la guillotina. Escribí una novela sobre ella para contar cómo la imaginación, lo mejor del hombre, se puso a disposición de lo peor de nosotros. Sin embargo, cortar cabezas parece menos violento que hacer hogueras de las casas. Estos ya no deberían ser tiempos para buscar refugio de los bárbaros en el granero, decía mi madre. Pero como nunca estos son los tiempos de la violencia que atenta contra lo que se tiene. Ciudades enteras desplazadas. En Siria resta la mitad de su población, buscando refugio, perdieron su techo. Se perdieron ellos. A pesar de ser menos agresivas, en pueblos del norte de México sucedieron cosas similares.

Durante mucho tiempo critiqué la relación del mexicano con sus posiciones. Decía era el país donde la gente cree ser por lo que tiene. Aprendí a ser menos severo. Sin dejar de lado mi juicio acerca de la patológica identificación con los bienes, propia de países en desarrollo, en el refinamiento de nuestra civilización el atentado contra nuestras vidas se hizo más extenso que el atentado al mero cuerpo. La violencia que agrede lo propio lo hace sobre nuestras más ínfimas seguridades, su subjetividad será tan válida como se sienta afectado el individuo. Después de que le mataron a su hijo, ¿qué le im-

porta más al padre que aquel dibujo que hizo el niño de Palmira antes de ser asesinado? «Uno no roba cosas, roba personas», escribí en otra novela sobre villanos.

Con esa distancia de la que hablaba, descubro una aberración que con el amparo de nuestra inteligencia contradice mis suposiciones. En Siria y en México, como en Europa cuando la demencia se aparece a manos de la cobardía asesina del terror. En el África del abandono, que se extiende por todo el continente, se ha hecho apología de la violencia colectiva. Son las guerras y el terrorismo. Es la anulación del otro a partir de causas que se desenvuelven en los campos de la ideología y sus perversiones. Por momentos, la violencia nos regresa al estado de naturaleza. Dicen que son los musulmanes, o los otros musulmanes, o que son los judíos, o los cristianos, o los drusos, los kurdos, o son los mexicanos, los migrantes, los amarillos o los rojos, los negros, las mujeres con pantalones, las faldas, los obreros y los sombreros, son las pelucas. En el estado de naturaleza entran todos los adjetivos. La violencia es lo que queda dentro de nosotros, es lo que no está dispuesto a desaparecer de nuestra personalidad de depredador. En ella se desvanece su mayor antídoto, el piso común del ciudadano. Su límite social.

El siglo XVIII estableció ese límite y para el XIX, había bajado el perfil de la violencia. Los valores de la Ilustración hicieron uso de algo que no era nuevo y sirvió como el mayor contenedor de la violencia; la mayor posibilidad humana: el lenguaje y todo lo que hemos logrado a través de él. Darle existencia a un otro que todavía no conocemos.

La evolución genética da la impresión de haberse estancado hace tiempo, dejando paso al elemento más fascinante después de la articulación del pulgar: la evolución social. Su elemento, el lenguaje, la máxima herramienta civilizadora. Gracias a ella le dimos forma a la posibilidad de contemplación y de aproximación a los demás fuera de la cercanía: la ampliación del territorio y con él, la articulación de lo permisible en defensa del mismo territorio. De su subsistencia. Ser civilizado es dejar de ser violento, no son los edificios ni las carreteras, nos son los dispositivos o las pantallas. El diálogo como antídoto a la barbarie. Triunfamos al considerar asociables conductas antes parte natural de la vida y reducimos nuestro umbral de tolerancia a la violencia. ¿Qué nos está pasando ahora? ¿Cómo es que a pesar de nuestras virtudes estamos remodelado el espíritu de la violencia? Lo hacemos en consecuencia a nuestros logros. Ninguno de los dos lugares a los que pertenezco, con sus infinitas cargas de salvajismo, ni tampoco los peores escenarios de África, son víctimas de lo que un día hicieron los grandes conquistadores de la enciclopedia. Los eventos violentos, incluso con nuestras cifras, le dirán al optimista que no comparta mi pesimismo, que vamos por mejor camino en la cuenta final de una historia llena de desgracias. Solo que, en nuestros miles de años, no hemos hecho nada para hacernos inmunes a la presencia que irradia la violencia. Es la presencia, insisto, que ha sido irreductible. Presencia que se encuentra en el estómago de la patología social y pese a las sociedades.

Construimos un espejismo aséptico que no contempló defendernos de nosotros mismos. ¿Abusamos de ese invento que es el lenguaje al sentir violencia en la palabra? No. Nos hicimos, sin terminar de entendernos, una especie que dejó de ser por solo sus necesidades y nos transformamos en una que es por lo que pensamos. Ahí, todo ataque a lo que venga de la mente que incluya a un otro, será violencia. Porque el nosotros, debe tomar en cuenta a los demás. La pelea con ellos será la manifestación animal de la ausencia del lenguaje.

Refinados como somos, olvidando nuestra gran invención, perdimos la necesidad del pretexto para ser violentos.

Como la violencia ha sido amable conmigo, veo a familias aquí y allá que han desa-

parecido. Sumo en una libreta los números dando cuenta de los muertos, de los niños que van quedado sin futuro, de las casas derrumbadas como la de mi familia a las afueras de Damasco, de las calles llenas de humo. Yo, escribo.

Soy el narrador de las malas noticias, le dije a un entrevistador mientras me preguntaba sobre Siria. Yo explico lo que pasa, a eso me dedico. ¿Qué busca el que explica la violencia? Una sola cosa: un otro. En ese otro se espera la empatía, lo que pide quien ya no puede pedir nada.